Retórica de la memoria: Granada y Manuel Alvar

Marius SALA

Mis conocimientos sobre Granada crecieron en círculos concéntricos. Cuando alumno de instituto, en Transilvania, era aficionado a la historia. Sabía que Granada fue el último reducto árabe de España, conquistado en 1492 por los reyes católicos, Fernando de Aragón e Isabela la Católica. Sabía también que era la ciudad desde donde se veía muy bien la Sierra Nevada y que había un palacio moro llamado La Alhambra con jardines maravillosos, cunocidos con el nombre del Generalife.

En los años sesenta, gracias a uno de mis profesores, Emil Petrovici, me enteré de que en Bucarest había una colonia de hebreos españoles, descendientes de los expulsados por la Inquisición en 1492 (la hija de Emil Petrovici estaba casada con un sefardí). Realicé encuestas junto con este gran profesor mío con los tres miembros de la familia Café y, al cabo de unos meses, mi profesor renunció diciéndome que continuara yo solo. Para el IX congreso de lingüística románica en Lisboa (31 de marzo – 3 de abril de 1959) escribí mi primer artículo sobre el judeoespañol *Algunas observaciones lingüísticas sobre los refranes judeo-españoles de Bucarest*, publicado en *Recueil d'études romanes*. Me había compuesto una bibliografía básica y luego me preocupé por adquirir los libros. En aquel entonces le escribí a M. Alvar, catedrático en Granada, a quien le pedí su libro *Endechas judeo-españolas*, publicado en Granada en 1953. Don Manuel fue el primero en contestarme desde Huéscar, pueblo de Andalucía, donde pasaba sus vacaciones. En su carta de respuesta se quejaba de que no tenía los tomos del *Atlasul lingvistic român* ("quise comprarlos el año pasado en Oslo [congreso internacional de lingüistas de 1957], pero... había ejemplares sólo para la exposición!"), aunque había publicado en 1951 un libro sobre esta obra (*Atlas lingüístico rumano*) mientras era "Gastprofesor" en Erlangen; allí existían los tomos de este atlas recibidos por H. Kuen de parte de S. Puşcariu, el coordinador del atlas rumano. En su primera carta se lamentaba de que le hacían falta los libros de lingüística rumana en Granada porque "con su país nunca había podido establecer contactos". Me anunciaba que había acabado el Atlas de Andalucía (me envió a lo largo de los años todos los tomos en que colaboré en la traducción al rumano de los términos técnicos de títulos de mapas; me enviaba diseños especiales para que lograse una correcta traducción). Me preguntaba a menudo como podía obtener el atlas rumano

BDD-A28734 © 2018 Editura Universităţii din Suceava
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.31 (2026-11-22 06:03:00 UTC)

inexistente en España. Lo obtuvo en 1960 después de su viaje a Rumanía con motivo del coloquio de 1959, cuando aceptó con gran gusto la invitación de Iorgu Iordan (afirmaba que uno de sus sueños de juventud era participar en el coloquio UNESCO sobre civilizaciones, literaturas y lenguas románicas en Bucarest).

Estuvo enamorado de Rumanía. Deseaba con ardor visitar mi país, acerca del cual sabía muchas cosas, sobre todo del período de su juventud cuando fue profesor invitado en Erlangen, donde impartía clases el profesor H. Kuen, buen conocedor del rumano, quien tradujo también *Limba română* de S. Puşcariu, trabajo fundamental para la historia de la lengua rumana. Durante su estancia en Alemania hizo, tal como lo he indicado arriba, una presentación del *Atlasul lingvistic român,* uno de los libros de don Manuel publicado en Salamanca en 1951. Cuando fue invitado por Iorgu Iordan (con motivo del congreso de Lisboa) a participar en Bucarest en el Coloquio UNESCO sobre civilizaciones, literaturas y lenguas románicas, donde presentó el informe sobre los atlas lingüísticos románicos, aceptó con gran regocijo (por ser este viaje uno de sus sueños de juventud). Nos encontramos por primera vez en septiembre de 1959 en el aeropuerto, Iorgu Iordan hizo las presentaciones. Figura típica de español: ni bajo, ni alto, con una mirada juguetona bajo las gafas de montura gruesa; más rechoncho que yo, daba la impresión de un hombre tímido, aunque estaba a punto de hacer comentarios humorísticos. Estuve siempre a su lado, le tuve mucho afecto, como en un gran amor, definido por don Manuel "su afectuosísima presencia". Me cobró afecto él también: "estará V. siempre entre mis más grandes cariños y, – ¡ay! – como siempre acreedor de una deuda que no sabré soldar". Nunca olvidó su primera visita a Rumanía; al cabo de un año me escribía: „dentro de poco se cumple un año desde mi viaje a Rumanía, todavía no he despertado del sueño". Un año atrás, cuando regresaba de Madrid, vía Granada, comentaba: "Los viñedos por donde paso me recuerdan los viñedos de Murfatlar, allí cerca de Constanţa, donde ai aire parecía imperceptible, donde el mar se adivinaba como una presencia cercana, donde las nubes parecían barcos en marcha". Mucho se alegró cuando, después de diez años, pudo volver a Rumanía con Elena (fue ponente en el pleno del congreso de romanística de 1968), "a los lugares donde fui feliz". Estaba muy ansioso de comprar junto con ella objetos de artesanía, "¡ojalá! pudiéramos traernos Rumanía entera".

Rumanía significó para él también la lingüística románica. Ya he dicho que escribió un libro sobre *Atlasul lingvistic român,* tradujo dos de las obras de Iorgu Iordan (*Lingvistica romanică* [Lingüística románica] e *Introducere în lingvistica romanică* [Introducción a la lingüística románica], la última en colaboración con Maria Manoliu). Respecto del primer libro traducido, Iorgu Iordan declaró en el prefacio que Alvar era en gran parte coautor de la versión española, por las numerosas notas añadidas y que, gracias a él, esa versión era superior a las demás traducciones (el libro respectivo es el trabajo más traducido de la lingüística rumana: al inglés – dos versiones, traducciones al español, alemán, italiano, portugués y ruso). Colaboró en todos los tomos homenaje editados en Rumanía. Dedicó la primera parte de su libro *Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual* (Madrid, 1969) a Iorgu Iordan y a Marius Sala "en mi otra Romania extrema". Yo también le dediqué un libro (*Le judéo-espagnol,* La Haya, 1976). Ayudó como nadie a los jóvenes hispanistas rumanos ofreciéndoles becas. Una joven hispanista rumana tomó en sentido propio la frase *estar en su casa*, empleada por Manolo en Bucarest: un día la encontró en la puerta de su casa con maletas y todo para que la alojara *¡en su casa*!

En la primavera del '68 se celebró en Bucarest el XI Congreso de lingüística y filología románicas, un pleno éxito para la romanística rumana. Para mi personalmente significó el hecho de haber sido invitado junto con Iorgu Iordan a Málaga (yo – para dictar un *cursillo* de 10

BDD-A28734 © 2018 Editura Universităţii din Suceava
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.31 (2026-11-22 06:03:00 UTC)

lecciones en el *Curso Superior de Filología Española,* él – para dar una conferencia). Antes de visitar Málaga, mis conocimientos sobre esta ciudad no eran más ricas que los de mis compatriotas; sabía que Málaga era un puerto del Mediterráneo, que su nombre se ha vuelto célebre por sus vinos y por la famosa *malagueña*, melodia típica de la región.

En Málaga nos estaban esperando Manuel Alvar y Antonio Quilis, el director y el secretario de los cursos. Ambos con sus esposas, que habían presenciado las labores del congreso de abril en Bucarest. En aquel verano, por ser el año internacional del turismo, participaron muchos rumanos en el curso de filología española que ofrecía clases para principiantes (en el mismo curso participaba también mi amigo Andrei Avram, con resultados notables, quien, al cabo de tres semanas, podía llevar una conversación en castellano incluso sobre otros temas que los lingüísticos) y para los adelantados, que preparaban el doctorado en filología. Estuvieron presentes Maria Manoliu, mi compañera de facultad, que dictaba el curso de lingüística románica en la Universidad de Bucarest, que antes impartía mi maestro. De los demás rumanos recuerdo que participaron Tudora Şandru, Domniţa Dumitrescu, D. Copceag; M. Alvar ofreció a todos condiciones especiales de participación. Fuimos excelentemente recibidos. El primer fin de semana, Alvar y Quilis nos invitaron a mi maestro, a Maria Manoliu, a mí junto con mi mujer, a Granada, donde Alvar había sido profesor y donde tenía una vivienda espléndida. El viaje fue inolvidable porque, al pararnos en el camino para descansar y tomar un „cafecito", quedamos profundamente inquietos al ver por la tele tanques y soldados rusos. Era una transmisión en directo y, antes de enterarnos de lo que pasaba, escuché una conversación entre dos españoles que comentaban en voz alta que los rusos y otros ejércitos del Pacto de Varsovia habían entrado en Praga. Estupor y miedo general. Motivo para que Iordan manifestase su indignación por lo que estaba pasando ("nos dejan en ridículo" –aún no sabía que Rumanía no había participado –, "los rusos tienen hábitos imperialistas" decía Iordan, ex embajador de Rumanía en Moscú). Me enteré entonces de muchas cosas de su experiencia de embajador en Moscú. No se tranquilizó hasta llegar a Granada.

Al día siguiente visitamos La Alhambra, célebre residencia de los califas árabes. Iordan mostró nuevamente, con discreción, su conocimiento de la historia de España (había dictado en Iaşi un curso de literatura española y, como en todos los cursos que preparaba con mucha seriedad, presentaba igualmente datos sobre la historia del objeto investigado). Alvar nos invitó a visitar también la universidad donde fuera profesor. Al final de la visita nos rogó que firmáramos en el libro de honor, ¡por orden de edad! ¡Una metida de pata enorme para Iordan!, porque después de haber firmado, le entregó la pluma a Maria Manoliu, sin saber que ella era más joven un año que yo, aunque hubiéramos compañeros de curso en la universidad. Coquetería femenina llevada casi hasta el enfado por parte de mi colega. Por suerte, nuestros amigos españoles nos invitaron a un restaurante donde se comía el mejor *rabo de toro* de la ciudad, y teniendo delante el plato de carne cocida, que se derretía en la boca, nos olvidamos del episodio ocurrido en la universidad.

La experiencia de 1968 volvió a repetirse en 1970, cuando fui invitado por mi amigo Manuel Alvar a dictar un curso de 10 lecciones en el mismo *Curso Superior de Filología Española.* Fui de nuevo junto con mi mujer, Florica. Nos alojamos en un excelente hotel en la zona céntrica. A las 9.30 me iba para impartir las dos horas de clases (de lunes a viernes). Florica visitaba la ciudad, las tiendas de libros viejos y las joyerías. Al mediodía volvía al hotel y nos íbamos a varios restaurantes donde, en las mesas colocadas en la acera, a la sombra, a cambio de una cantidad módica comíamos pescado o cerdo asado a la parrilla acompañado por pequeñas botellas de cerveza "Águila". Lo pasamos mejor que en mi precedente visita porque mi mujer y yo estábamos solos, como "dos palomas".

BDD-A28734 © 2018 Editura Universităţii din Suceava
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.31 (2026-11-22 06:03:00 UTC)

Las cartas de don Manuel, más de cien, son una mina para el que quiera enterarse de aspectos de su vida y de una amistad de más de cuatro decenios. A principios se me dirigía con *distinguido Colega* y más tarde me nombró *mi querido e inolvidable Mario.* Se enfadaba en 1963 cuando yo continuaba diciéndole "Profesor": "Sabes que ante todo eres mi amigo. Es lo único que puedo ofrecerte: nada especial, sólo una leal y sincera amistad". No solamente por esta declaración ni por aquella en que confesaba "Feliz yo que tengo amigos como tú", lo sentí siempre como a un verdadero amigo. Sus cartas eran auténticos "informes de actividad", y, en los últimos años, "hojas de salud". Me escribía en avión, desde los países por donde viajaba; a unas cartas añadía líneas dos o tres días consecutivos. En los primeros años, su escritura era ordenada, serena (se parecía mucho a la de Elena, su mujer), en los últimos años se volvió cansada (a veces casi ilegible), "abreviada", con una firma en que se identificaba una *M* (= Manolo). Se notaba en ella que sus viajes, comentados por algunos de diferentes maneras, no eran fáciles. Me escribía al final de 1968 desde Puerto Rico, desde donde iba a partir los días siguientes a las Canarias y luego a Brasil: "estoy como un fantasma ambulante sin familia, sin casa, sin libros, sin nada de nada"; en un viaje similar, a la Amazonia para el atlas lingüístico de Latinoamérica, contrajo una enfermedad tropical desconocida para los especialistas de la cual se curó apenas después de muchos meses (Jorge, uno de sus hijos, especialista en enfermedades tropicales, consultó a los más grandes profesores del mundo).

No creo que tenga carta que no trate de libros (la única es la que me informaba sobre la muerte de muestro amigo común, el brasileño Serafim da Silva Neto): en cada carta anunciaba el envío de libros (¡y cuántos nos envió!), pedía o se interesa por los libros rumanos para él o/y para la Universidad de Granada donde fuera profesor al inicio de su carrera universitaria. Creo que esta necesidad de libros, presente con igual frecuencia en mis cartas, cimentó nuestra amistad, lo mismo que pasó con la amistad entre Alf Lombard y yo. Muchas de las cartas de 1959-l960 indicaban la desesperación por haber dejado muchos libros en Bucurest que no le habían llegado. Además nos unió el hecho de que todos sus hijos eran aficionados a la filatelia, como yo en aquel entonces. Sus cartas iban acompañadas por intercambios intensos para los cuales Manolo visitaba tiendas especializadas, al igual que Alf Lombard. Desde aquella época tengo todas las series magníficas de pintores españoles cuyas obras admiré posteriormente en el Museo del Prado. Gracias a la filatelia tengo una "carta", quizá la primera carta escrita a los ocho años por su hijo mayor, Manuel, hoy distinguido profesor y lingüista: "Muchas gracias por los sellos. Manolito" (bajo la firma había unas líneas entrecruzadas como en las firmas medievales; a los ocho años no eran tan numerosas como las de Cervantes).

Quien conoció a don Manuel en su casa, en España, sabe que no se podía hablar de él sin mencionar a Elena, su abnegada esposa que estuvo a su lado toda su vida (recuerdo, en los últimos años, cuando la enfermedad dejaba sus huellas, la atención con que ella observaba cada gesto suyo). Le acompañó incluso en las encuestas dialectales, colaboró en algunos de sus libros, confeccionando índices, y no en ultimo lugar fue la madre de los siete hijos suyos (los siete infantes de Alvar, como los denominó Iorgu Iordan, quien sentía gran admiración hacia Elena. Iordan decía siempre que Elena había dado a luz a siete varones, pero había permanecido igualmente bella). Sobre Elena y sus hijos me escribía mucho; cuando nació el séptimo, *Alvarito,* "Álvaro el pequeño", me avisaba que había salido igualmente varón *(varón)*, que Elena se sentía bien y que él era "el padre, un poco asustado del regimiento que come en casa". Estuve al corriente de cuándo los muchachos terminaron sus estudios, de cuándo obtuvieron el doctorado, de cuándo se casaron, de cuándo él se había convertido en abuelo. Tuve la oportunidad de estar en casa

BDD-A28734 © 2018 Editura Universităţii din Suceava
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.31 (2026-11-22 06:03:00 UTC)

de mi amigo cuando se reunieron, en una ocasión, todos sus hijos, con sus esposas y los hijos de ellos (contaba con más de 15 nietos). Manolo y Elena se sentían en el séptimo cielo y me dijeron: "No fue fácil llegar aquí, pero lo logramos". Por su familia, don Manuel lo daba todo: les proporcionó una educación especial y aceptó trabajar durante muchos años en Estados Unidos en varias universidades. Me escribía "¡Ay Mario, qué tristeza ésta de tener que ser juglar en el siglo XX. Pero que hacer, si he comprado una casa y la tengo que pagar!". Las condiciones de Estados Unidos eran fabulosas, con dinero para las cosas más inverosímiles, con gente amable, me escribía desde California: "Todo esto es cierto. Pero, sin embargo, me encuentro deformado por nuestra vieja cultura: las ciudades, el ambiente, la altura del hombre... Y todo eso me atrae hacia España, aunque allí me pase la vida suspirando por alguna tranquilidad". Esto lo expresaba brevemente, en otra carta de principios de 1962, con la oración "estoy lleno de indecisiones". Decidió regresar a España por sus hijos, por los mismos por quienes que se había marchado a Estados Unidos. En una carta hace un "breve inventario de su vida" y subraya que todos los hijos se fueron de casa, pero tienen suerte de tener buenos amigos y que, aunque se hayan quedado solos, se sienten acompañados por éstos, dispuestos a recibirlos, y concluye: "Entonces pensamos que la vida no es estéril que, también, tendremos abiertas las puertas el día de nuestro descanso". Tal vez no se quedó en Estados Unidos pensando incluso en estos amigos.

Experimentó mucha alegría al enterarse de que mi mujer estaba embarazada. Me preguntaba: "¿nació el heredero?", pensando probablemente también en un hijo varón. Me escribía, como lo hacía Alf Lombard, el otro buen amigo mío, que "estaba satisfecho de que la vida se me completaría y se... complicaría. Los hijos crean muchos cuidados y muchas satisfacciones. Hablaremos, porque yo, como padre de siete hijos, te puedo contar mucho". Cuando nació mi hija, le escribió a mi mujer algunas líneas pidiéndole que a Iulia le dijera el *Pato*, "tal como lo hago con mis hijos", y, para mí, añadió: „esperamos que sea amiga nuestra y que este bajo mundo la llene de dicha". Casi cada carta contenía preguntas sobre *las niñas* o *las mujeres;* mi hija era acariciada con las palabras *la buena mona* (después de verle la foto) o *la joven tiranuela.* En 1990, cuando estuve en El Escorial para dar una conferencia, me entregó, al salir de Madrid, las llaves de su piso de la hermosísima residencia de profesores de la calle Isaac Peral 3, para que estuviera en Madrid unos días con la *tiranuela,* que era estudiante en aquel momento. Mi mujer se alojó también en su casa, muchos años antes, mientras yo estaba en un congreso en Méjico. Después de conocerla mejor, Manolo me dijo lo mismo que Iorgu Iordan: "Te aprecio más después de haber conocido a Florica". Cuando Florica enfermó, me buscó una medicina a base de plantas amerindias en varias ciudades americanas. La encontró por último en Puerto Rico. Jorge, su hijo, médico, envió pruebas para ser analizadas a laboratorios de España y de Suiza. Cuando mi primera esposa se fue, lo sentí muy a mi lado, aunque se hallase a distancia de miles de kilómetros.

Debo recordar que la labor desarrollada por don Manuel fue recompensada con numerosos títulos de "doctor honoris causa" de varias universidades y de miembro honorario de varias academias (entre las últimas, también de la Academia Rumana). Profesor conocido y reconocido (hasta hace poco, antes de desaparecer, el presidente de la Real Academia Española), él desciende de la galería de los grandes humanistas españoles, cuyos preclaros representantes nos abandonaron a finales del siglo pasado: R. Menéndez Pidal, Dámaso Alonso, Rafael Lapesa. Como éstos, fue un espíritu enciclopédico envuelto en la manta de la generosidad hispánica. Decenas de libros de lingüística (algunos grandes atlas), de filología (numerosas ediciones críticas de textos medievales) y de literatura (obtuvo la más alta distinción literaria española, el Premio Nacional de Literatura) han

BDD-A28734 © 2018 Editura Universităţii din Suceava
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.31 (2026-11-22 06:03:00 UTC)

indicado todos su fuerza de trabajo y su pasión y, lo confieso ahora cuando él ya no me puede oír, que constituyeron mi modelo de vida.

Me enteré de la desaparición de don Manuel un día de agosto de 2001, mientras estaba en los Cárpatos Occidentales. Los medios modernos de información (*tele*visión y *tele*móvil) y la casualidad hicieron que, durante una llamada telefónica a mi hija, entonces en Bucurest, se transmitiera por la televisión española la noticia del fallecimiento de mi mejor amigo. Envié entonces a un periódico rumano una esquela en que indicaba quién fue este amigo de Rumanía. ...Nos encontramos en diferentes congresos. Mucho me alegró el que, en el congreso dedicado al español americano de San Juan de Puerto Rico, en 1982, le gustara mi informe presentado en la reunión plenaria. En un descanso, me habló del comentario hecho en la conversación con Elena: "Elena ¿Éste es el Mario de 1959?". Siento que este gran amigo "me dejó huérfano" al cabo de 43 años desde que nos conocimos. Me consuela su poesía escrita en Bucarest, în 1959, en un trozo de papel en el antiguo restaurante "Tic-Tac", en presencia de Serafim, nuestro amigo:

"En el centro de la sala
Y en nuestra mesa redonda
Yo suscribo mi más honda
Amistad por Marius Sala
(Alvar, él ángel sin ala). "

Después de muchos años (2009) regresé con Marina, mi mujer, a Granada. Mis amigos Enrique Nogueras y Paloma Gracia me invitaron a que hiciera una presentación del rumano como lengua románica. Volví a visitar La Alhambra con sus maravillosos jardines acompañados por Enrique y por Paloma y recordé la visita de 1968, cuando nos acompañó don Manuel. Iré de nuevo a ver La Alhambra y el Generalife, el símbolo de Granada. El espíritu de don Manuel nos acompañará también en esta ocasión. Para mí, Granada representará siempre el lugar desde donde me fueron enviados los primeros libros que me ayudaron en mi intento temerario de estudiar el judeoespañol de Bucarest.

BDD-A28734 © 2018 Editura Universităţii din Suceava
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.31 (2026-11-22 06:03:00 UTC)